

TEMPLO HERMANA TERESA

"La cruz"

23/08/2026



Bahía Blanca - Patricios 336
Punta Alta - 11 de septiembre 750
Bahía Blanca - Sede: Esq Av Colón y Av Arias

“La cruz”

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy queremos reflexionar con ustedes respecto a una frase que Carlos nos compartió y que dice:

“Toda cruz pesa pero son pocos los que se acercan al Templo para aprender a llevarla.”

Toda cruz pesa.

No importa quién la lleve, no importa cuánto tiempo haga que la cargue, no importa si los demás pueden verla o si permanece escondida en lo profundo del alma. Toda cruz pesa, porque cada ser humano conoce, en algún momento de su vida, el dolor, la pérdida, la preocupación, la incertidumbre, la soledad, la injusticia, la enfermedad, la decepción o el miedo.

Nadie atraviesa este plano sin cargar alguna cruz.

Hay cruces que llegan de repente y cruces que se van formando lentamente. Hay algunas que duran apenas un tiempo y otras que parecen acompañarnos durante años. Hay cruces que podemos explicar y otras para las que ni siquiera encontramos palabras.

Pero hay algo que debemos comprender: una cosa es tener una cruz y otra muy distinta es saber llevarla.

Y allí aparece la Fe.

Porque son muchos los que sufren, pero son pocos los que buscan aprender del sufrimiento. Son muchos los que preguntan por qué les toca determinada prueba, pero son pocos los que se preguntan para qué pueden utilizarla. Son muchos los que desean que Dios les quite inmediatamente aquello que les pesa, pero son pocos los que se acercan al Templo para aprender a caminar con Fe mientras esperan que llegue la respuesta.

El Templo no es solamente el lugar al que acudimos cuando todo está bien.

El Templo es también refugio cuando afuera hay tormenta.

Es escuela cuando no sabemos cómo seguir.

Es encuentro cuando la soledad comienza a pesarnos.

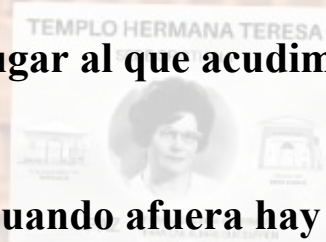
Es oración cuando nuestras propias palabras ya no alcanzan.

Es esperanza cuando los ojos humanos solamente alcanzan a ver oscuridad.

Muchas veces creemos que acercarnos a Dios significa pedirle que quite nuestra cruz. Y podemos hacerlo. Podemos pedir ayuda, alivio, fuerza y solución. Pero también debemos comprender que la Fe no consiste solamente en esperar que Dios quite aquello que pesa.

A veces la Fe comienza cuando le decimos:

“Dios mío, mientras esto siga pesando, enséñame a llevarlo.”



Porque quizás hoy no podamos cambiar la realidad, pero podemos cambiar la manera de atravesarla.

Quizás no podamos evitar una lágrima, pero podemos impedir que esa lágrima apague nuestra esperanza.

Quizás no podamos resolver hoy aquello que nos preocupa, pero podemos decidir que la preocupación no se convierta en desesperación.

Quizás no podamos recuperar aquello que perdimos, pero podemos aprender a agradecer aquello que todavía permanece.

Quizás no podamos comprender por qué sucedió algo, pero podemos confiar en que nuestra historia no termina en ese dolor.

Eso también es Fe.

Hay personas que cargan su cruz desde el enojo. Otras la cargan desde el resentimiento. Algunas la cargan preguntándose permanentemente por qué a ellas. Otras se aíslan, se cierran, dejan de escuchar y terminan agregando piedras a una carga que ya era pesada.

Porque cuando una cruz se lleva sin esperanza, pesa el doble.

Cuando se lleva con odio, pesa el doble.

Cuando se lleva con rencor, pesa el doble.

Cuando creemos que estamos completamente solos, pesa el doble.

**Pero cuando aparece la Fe, quizás la cruz continúe pesando,
pero nosotros comenzamos a hacernos más fuertes.**

Y eso cambia todo.

**La Fe no siempre modifica inmediatamente el peso de
aquello que llevamos. Muchas veces modifica primero los
hombros de quien lo lleva.**

Nos fortalece.

Nos enseña.

Nos prepara.

Nos ayuda a mirar hacia adelante.

Nos recuerda que todavía podemos dar un paso más.

**Por eso acercarse al Templo no debería ser solamente una
costumbre. Debería ser una decisión del alma.**

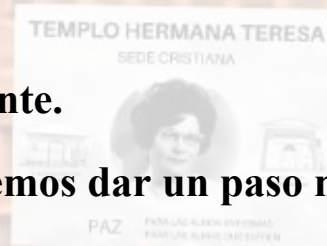
Venimos para aprender.

Venimos para fortalecernos.

Venimos para compartir.

**Venimos para comprender que la Fe también necesita ser
alimentada.**

**Porque nadie espera tener sed durante días para recién
entonces buscar agua. Sin embargo, muchas veces hacemos
eso con nuestra espiritualidad. Nos alejamos, dejamos pasar
el tiempo, creemos que podemos con todo solos y recién
cuando la cruz se vuelve insoportable recordamos que existe**



un lugar donde podemos buscar paz.

No esperemos a estar destruidos para acercarnos a Dios.

No esperemos a tocar fondo para comenzar a mirar hacia arriba.

No esperemos que la cruz nos doblegue para buscar la fuerza espiritual que necesitamos para llevarla.

El Templo está para eso.

Pero entendamos algo todavía más profundo: el verdadero Templo también debe comenzar a construirse dentro de nosotros.

Porque podemos entrar muchas veces por una puerta, pero si no abrimos la puerta del alma, nada cambiará.

Podemos escuchar muchas palabras, pero si ninguna encuentra lugar en nuestro corazón, volveremos a casa cargando exactamente el mismo peso de la misma manera.

Acercarse al Templo es también acercarse a uno mismo. Es detenerse. Es escuchar. Es reconocer nuestras debilidades sin avergonzarnos de ellas. Es comprender que necesitamos de Dios, pero también que Dios espera nuestra voluntad.

Porque la Fe no significa quedarse quieto esperando un milagro.

La Fe también es caminar hacia él. Es levantarse. Es intentarlo nuevamente. Es pedir ayuda. Es aceptar una mano. Es aprender. Es corregir. Es perseverar. Es confiar.

Por eso, cuando alguien llegue hasta nosotros cargando una cruz, no le preguntemos solamente cuánto pesa.

Preguntémosle si necesita ayuda para llevarla.

Eso es comunidad. Eso es hermandad. Eso es hacer de la Fe una obra viva.

Porque nuestros Templos no pueden ser solamente paredes donde cada uno viene a pedir por sus propios problemas.

Deben ser lugares donde aprendamos a mirar también la cruz del hermano.

Tal vez nosotros no podamos quitársela, pero podemos acompañarlo un trecho.

Tal vez no tengamos la solución, pero podemos ofrecer presencia.

Tal vez no podamos responder sus preguntas, pero podemos recordarle que no está solo.

Y muchas veces, hermanos y hermanas, eso también es un milagro.

Una palabra en el momento justo. Una mano cuando alguien estaba a punto de caer. Un abrazo cuando ya no quedaban fuerzas. Una oración cuando parecía que nadie recordaba nuestro nombre. Una presencia cuando todos los demás se habían ido.

Dios también obra de esas maneras.

Por eso nunca pensemos que nuestra cruz es señal de

abandono.

No confundamos una prueba con la ausencia de Dios.

El hecho de que hoy estemos atravesando dificultades no significa que Dios haya dejado de caminar a nuestro lado.

Tal vez sea precisamente en estos momentos cuando debemos aferrarnos más a la Fe.

Porque cuando todo sale bien es sencillo decir que creemos.

La verdadera profundidad de nuestra Fe aparece cuando las cosas no salen como esperábamos y, aun así, seguimos creyendo.

Cuando lloramos y seguimos creyendo. Cuando estamos cansados y seguimos creyendo. Cuando todavía no vemos la salida y seguimos creyendo. Cuando la cruz pesa y, sin embargo, damos otro paso. Y después otro. Y otro más.

Hasta descubrir un día que aquello que parecía imposible de soportar no consiguió vencernos.

Tal vez dejó cicatrices. Tal vez nos cambió. Tal vez nos hizo mirar la vida de otra manera.

Pero seguimos de pie.

Y entonces comprendemos que no éramos los mismos que cuando comenzamos el camino.

Somos más fuertes. Más humanos. Más comprensivos. Más conscientes del dolor ajeno.

Y, si permitimos que Dios trabaje dentro nuestro, también somos más sabios espiritualmente.

Hermanos y hermanas la Hermana Teresa hoy nos dice:

Toda cruz pesa.

No nieguen su peso. No minimicen el dolor de nadie. No le digan al que sufre que simplemente debe aguantar.

Díganle algo diferente, díganle:

“Acercate. No cargues solo. Aprendamos juntos a llevarla.”

Que nuestros Templos sean ese lugar. Que nuestra comunidad sea ese lugar. Que cada uno de nosotros sea ese lugar para alguien.

Un refugio. Una mano. Una palabra. Una luz. Una esperanza.

Y cuando sea nuestra propia cruz la que pese, recordemos también acercarnos. Porque ayudar a otros no significa que nosotros no necesitemos ayuda. Ser fuertes no significa no cansarse. Tener Fe no significa no llorar.

Tener Fe significa saber que, aun llorando, podemos seguir caminando.

Quizás hoy alguno de nosotros esté llevando una cruz que parece demasiado pesada.

A ese hermano, a esa hermana, queremos decirle:

No abandones. No pierdas la esperanza. No permitas que el dolor te convenza de que todo terminó.

Acércate a Dios. Acércate al Templo. Acércate a quienes caminan con Fe.

Y seguí.

Aunque sea lentamente.

Aunque hoy solamente puedas dar un pequeño paso.

Seguí.

Porque ninguna noche consiguió detener para siempre la llegada del amanecer.

Y porque mientras exista Fe en nuestra alma, siempre habrá una fuerza que nos invite a levantarnos una vez más.

Toda cruz pesa, sí. Pero cuando aprendemos a llevarla con Fe, descubrimos que la cruz puede pesar sobre nuestros hombros sin conseguir aplastar nuestra alma.

Que Dios nos dé fuerza para nuestras cruces, humildad para aceptar ayuda y amor para acompañar las cruces de nuestros hermanos.

Que nunca nos falte Fe para seguir caminando.

Que nunca nos falte esperanza para volver a levantarnos.

Y que siempre haya paz en las almas y amor en los corazones.

Que Dios nos proteja, que Jesús nos ilumine, que la Hermana Teresa nos guíe y que María nos acompañe.